

BILINGUISTO Y PERSONALIDAD

MIGUEL SIGUAN

INTRODUCCIÓN

Los asistentes a la conferencia de Luxemburgo en 1929, sobre bilingüismo en la educación, coincidieron en criticar las consecuencias del bilingüismo afirmando su influencia negativa sobre el desarrollo intelectual de los alumnos y también sobre su capacidad lingüística y sobre sus conocimientos escolares. Algunos, incluso, insinuaron efectos negativos sobre la personalidad. Y Reis, que abrió la Conferencia en nombre de Luxemburgo hizo una descripción más bien sombría del carácter de los luxemburgueses, derivándolo directamente de su bilingüismo.(1)

Los participantes en la reunión de Luxemburgo, eran en su mayoría representantes de países o regiones donde coexistía una lengua propia y una lengua oficial y donde la enseñanza se daba en la lengua oficial. Al censurar el bilingüismo y al proponer que la enseñanza se diese en lengua materna, y que la introducción de una segunda lengua se retrasase lo más posible, estaban defendiendo su lengua propia.

Pero las censuras al bilingüismo no procedían sólo de los defensores de las lenguas amenazadas. Durante los mismos años los responsables de la política lingüística de países con una lengua prestigiosa y fuertemente nacionalista, Francia y Alemania para citar los ejemplos más característicos, condenaban igualmente el bilingüismo y reclamaban que al niño se le educase exclusivamente en la lengua nacional, y ello no sólo para favorecer su dominio de la lengua sino también para permitir al niño una integración plena y sin fisuras en la cultura nacional y con ello un desarrollo personal pleno. (2)

Unos y otros, los representantes de las grandes lenguas oficiales como

(1) Reis: 1932, *El bilingüismo y la educación*, Madrid, Espasa Calpe.

(2) He aquí algunos testimonios alemanes citados por Titone en *Bilingüismo y Educación*, Barcelona, Fontanella, 1976.

Blocher (1910) refiriéndose a los alsacianos: «Una educación bilingüe es estrictamente hablando imposible, sino es con una presión continua y artificial lo que es contrario a toda sana pedagogía.» «El bilingüe es un ser ambiguo, oscilante entre dos culturas que puede utilizar según le convenga.»

Henss (1927, *Erziehungsfragen der fremden Minderheiten*) refiriéndose a minorías alemanas en Holanda: «La lengua materna está impregnada de sentimientos y cada palabra incluye una relación valorativa. En una segunda lengua esta relación valorativa entre palabras y realidad no existe. Si el niño se ve obligado a ser bilingüe advierte esta diversidad y su diferencia respecto a los monolingües, se esfuerza por mantener la unidad de su personalidad y este esfuerzo arruina su salud psíquica.»

Eduard (1937) en un artículo que lleva por título: «Lo que puede ofrecer la lingüística indogermánica al nacionalsocialismo», insiste en la estrecha relación entre lengua, cultura y pueblo, y llama de la atención sobre las situaciones de bilingüismo a que se han visto abocados muchos alemanes a consecuencia de las fronteras fijadas por el tratado de

los representantes de las lenguas minoritarias oprimidas, expresaban desde su propia perspectiva, la misma ideología que a lo largo del siglo XIX exaltó la idea de nación e identificó nación con lengua y cultura.

El nacional-socialismo no sólo exacerbó esta identificación sino que la extendió a la raza. El bilingüismo se puede comparar a la mezcla de razas, como la mezcla de razas en un mismo individuo la mezcla de lenguas es una forma de bastardía que conduce a la degeneración de las esencias nacionales.

Después de la guerra cambiaron los vientos en los campos de la cultura y las posturas nacionalistas perdieron terreno en favor de un idealismo internacionalista. Y aunque el espejismo de una ciudadanía mundial no duró mucho, la multiplicación de relaciones y contactos multiplicó las necesidades de traducción y de capacidades bilingües, naturalmente con ventaja para las llamadas grandes lenguas, las lenguas más difundidas en el mundo o usadas por los pueblos más poderosos.

Una manifestación muy notable de esta tendencia es la difusión de sistemas de enseñanza bilingüe que combinan la lengua propia de los escolares con una de las grandes lenguas y esto no lo más tarde posible, como quería la Conferencia de Luxemburgo, sino por el contrario lo más pronto posible en la educación preescolar, de modo que los alumnos puedan llegar a convertirse en auténticos bilingües. Claro que en esta perspectiva la segunda lengua no es vista como una amenaza sino como un enriquecimiento y una apertura.

La aspiración internacionalista, tan clara al final de la última guerra, no eliminó los sentimientos nacionales e incluso parece como si con el correr de los años asistiésemos a un renacimiento de los nacionalismos. En todo caso es cierto que hay un nuevo despertar de minorías nacionales y lingüísticas. En estos casos la defensa de la lengua propia acostumbra a empezar por exigir su reconocimiento al lado de la lengua oficial y por tanto por defender un cierto bilingüismo, aunque en el límite el objetivo último puede ser un nuevo monolingüismo esta vez con la lengua propia como lengua oficial.

El caso de las naciones que en gran número han accedido a la independencia a partir de una situación colonial, es otro fenómeno característico de la postguerra que podría asimilarse al caso de las minorías nacionales que pretenden su independencia. Se trata de substituir la lengua oficial de los colonizadores por la lengua propia de la población. Sin embargo, la mayoría de los estados que han surgido en estas condiciones son conglomerados étnicos muy variados y con una gran diversidad de lenguas propias. De manera que cualquiera que sea la política lingüística que en definitiva adopten deben incluir cierta dosis de bilingüismo.

Versalles. Como ejemplo de las consecuencias negativas del bilingüismo cita el caso de Luxemburgo oscilando entre la cultura alemana y la francesa.

Geissler (1938) denuncia «con admiración y espanto» la ligereza irresponsable de ciertas familias alemanas en el extranjero que toleran que sus hijos se eduquen en otra lengua» y compara el bilingüismo con la mezcla de razas.

Así la discusión sobre el bilingüismo que los asistentes a la conferencia de Luxemburgo parecían considerar cosa juzgada, se plantea hoy con más actualidad que nunca y desde una gran variedad de perspectivas. La bibliografía sobre bilingüismo, relativamente escasa hasta hace unos pocos años aumenta en forma impresionante.

Lo que no significa que sea satisfactoria. De hecho faltan estudios básicos en muchos aspectos. Piénsese que no existen todavía estudios serios, ni teóricos, ni experimentales sobre el tema bilingüismo y procesos mentales. Que apenas existen descripciones empíricas del aprendizaje lingüístico del niño bilingüe. Que no poseemos técnicas adecuadas para medir el grado y el tipo de bilingüismo de un individuo o de una colectividad, y que son poco frecuentes los intentos de sociología del bilingüismo que no se refieran a una situación concreta sino que aspiren a una cierta generalidad.

Está claro que hay mucho trabajo por hacer, y que el estudio del bilingüismo requiere el esfuerzo y la colaboración de investigadores de distintos campos: lingüistas, psicólogos y sociólogos en primer lugar.

PERSONALIDAD Y LENGUAJE

Cualquier intento de examinar las influencias del bilingüismo sobre la personalidad, deberá empezar por una descripción adecuada de lo que se entiende por personalidad. Empeño ciertamente difícil pues la psicología moderna, inspirada en el modelo de las ciencias naturales y de su metodología ha desacreditado el tema de la personalidad y sólo el hecho de que la psicología aplicada tenga que ocuparse necesariamente de los individuos como totalidades lo ha mantenido en el horizonte, con escasa coherencia de todos modos, pues abundan las teorías de la personalidad.

De todos modos parece que cualquier teoría de la personalidad ha de tener en cuenta los siguientes puntos:

1. Con el término personalidad se alude a la integración en una unidad de los distintos sistemas que constituyen la conducta de un individuo. En un sentido más estricto se refiere al centro desde el cual se organiza la unidad de la conducta humana, su autoconciencia.

2. Aunque el individuo vive en un medio físico, constituido por cosas, la autoconciencia se constituye en primer lugar en relación con otras personas y se traduce en un tejido de relaciones interpersonales.

3. La persona sólo existe en una sociedad y en una cultura. Hay una correspondencia estrecha entre los sistemas de actitudes y de valores de la persona y la cultura como organización de la realidad.

Más fácil resulta describir el papel del lenguaje en la estructura de la personalidad.

Empecemos por notar que lenguaje y personalidad se constituyen muy tempranamente. Psicólogos de muy diversas tendencias están de acuerdo en

considerar que las grandes líneas de la personalidad se configuran muy pronto y están decisivamente influidas por las primeras experiencias. También la adquisición del lenguaje es extraordinariamente precoz. La comunicación gestual comienza a las pocas semanas, por no decir a los pocos días del nacimiento, y el lenguaje verbal se inicia al año y hacia los 4 años está ya plenamente constituido.

Pero lo más importante es lo siguiente: La personalidad del individuo se organiza a partir de unas relaciones interindividuales. Igualmente el lenguaje gestual o verbal se adquiere en el marco de unas relaciones personales. Los adultos que rodean al niño y en primer lugar la madre, le estimulan de diversas maneras a hablar y orientan y dirigen todos sus aprendizajes verbales. Más importante todavía es notar que el niño habla en primer lugar para reforzar sus relaciones afectivas y que incluso cuando la comunicación se hace puramente informativa, el hecho de comunicar con otro constituye una gratificación afectiva.

Es imposible exagerar la importancia de la afectividad y de las relaciones personales en los primeros aprendizajes lingüísticos. Basta recordar que los niños aislados en su primera infancia y sin contactos personales adecuados experimentan retrasos y carencias en su desarrollo lingüístico.

Lenguaje, pensamiento y comunicación. Si bien es cierto que el lenguaje se adquiere en el marco de unas relaciones personales y afectivas, también lo es que en la medida en que se adquiere lleva precisamente a trascender el plano de la afectividad y de las relaciones personales.

El lenguaje verbal está constituido por signos, que tienen una base material —una palabra es un sonido— pero que además son significativos, refieren a una realidad distinta de ellos mismos. Los signos sólo son significativos para aquél que los entiende y por tanto los signos implican una cierta actividad intelectual.

Por esta operación intelectual el signo se interioriza. Es posible poseer y manejar un signo sin necesidad de expresarlo al exterior. Con ello los signos se convierten en la base de las operaciones intelectuales.

Actualmente se discute con fuerza sobre la relación exacta que existe entre la actividad intelectual —o la inteligencia simplemente— y el lenguaje. Evitando posturas extremas, podemos decir que inteligencia y lenguaje no coinciden formalmente, pero que sin embargo, están estrechamente relacionados y con una relación circular. Por un lado las adquisiciones lingüísticas —tanto la adquisición del significado como la adquisición de las reglas sintácticas— suponen un cierto nivel de actividad intelectual. Por otra parte, el lenguaje facilita e incluso condiciona y posibilita las operaciones intelectuales que a cierto nivel son impensables sin lenguaje. Piénsese en lo que podría consistir un razonamiento o un tratado científico o filosófico sin palabras.

Las palabras significativas se refieren en primer lugar a las realidades físicas inmediatas, pero muy pronto el ámbito del lenguaje se extiende a todo tipo de realidades pasadas y futuras, no sólo concretas sino abstractas. La

morfología y la sintaxis amplían todavía la capacidad significativa del lenguaje hasta el extremo de que todo lo que el hombre puede de alguna manera conocer puede también expresarlo con palabras. Igual como decíamos para la realidad concreta exterior el decirlo verbalmente ayuda a conocerlo.

El hombre verbaliza no sólo lo que conoce inmediatamente por los sentidos, sino toda su conducta, sus recuerdos, sus sentimientos, sus fantasías, sus proyectos. No se afirma que todo el pensamiento, toda la autoconciencia de la conducta, se reduzca a su expresión verbal pero sí que juega un papel importante. No sólo el pensamiento se expresa en gran parte en palabras sino que la expresión verbal de la conciencia ayuda a clarificarla y a organizarla en forma más coherente.

Porque el signo tiene una base material puede ser utilizado en la comunicación. Por medio del lenguaje el individuo puede entrar en comunicación con todos los demás hombres o más exactamente con todos los demás hombres que entienden su lengua.

Cuando la comunicación se apoya en un lenguaje de signos ya no necesita limitarse a expresiones afectivas y a referencia a la realidad inmediata. Por medio del lenguaje se puede hablar de todo y con cualquiera. Aunque en la práctica la comunicación con los demás está condicionada y limitada por muchos factores y guarda siempre algún matiz subjetivo y personal.

Lenguaje y estructuración de la realidad. He dicho ya que el lenguaje ayuda a organizar intelectualmente la realidad. Desde el momento en que el niño es capaz de decir «pelota o de decir «verde», el objeto y la calidad así designadas tienen una individualidad mucho más clara que las cosas cuyo nombre todavía no conoce y lo mismo puede decirse para la influencia que en su organización intelectual de la realidad tienen la morfología o la sintaxis.

Pero el lenguaje que el niño utiliza no lo ha creado él al compás de su desarrollo intelectual. El lenguaje, en forma de una lengua determinada, lo recibe de los demás, y cada lengua lleva implícita una cierta estructuración de la realidad que el niño recibe con sus aprendizajes lingüísticos.

Esta estructuración está implícita en primer lugar en el vocabulario. Cada lengua tiene un vocabulario compuesto de palabras significativas. Cada palabra identifica y aísla un objeto, o una acción, o una cualidad, etc.—. Los objetos, acciones o cualidades que no tienen una palabra que los designen quedan mucho más vagos. Por otra parte cada palabra tiene un contenido más amplio que la cosa que significa, significa al mismo tiempo otras e incluye en su significado afinidades y sugerencias que son distintas en cada lengua.

Pero además la morfología y la sintaxis de cada lengua apuntan hacia ciertos tipos de organización de la realidad. La distinción entre el singular y el plural o entre el tiempo pasado y el futuro, el genitivo de posesión o la frase de complemento directo aluden directamente a organizaciones de la realidad que el niño recibe con el lenguaje, incluso antes de entenderlas claramente.

Lenguaje y sistema valorativo. Igual como en el lenguaje que aprende

el niño pequeño está implícito un comienzo de organización de la realidad, está implícita igualmente una cierta valoración.

Muchas palabras tienen además de su significado propio un aura significativa constituida por un conjunto de asociaciones agradables o desagradables, positivas o negativas adquiridas al mismo tiempo que la palabra, bien sea porque estas asociaciones son propias de la lengua bien porque resulten de la forma como viven la lengua los padres o los adultos que rodean al niño. En todo caso el esbozo de organización del mundo que el niño recibe con el lenguaje es una organización valorada.

Lenguaje y estructuración de la conciencia. Se puede pensar y en gran parte con razón que la estructuración de la conciencia del sujeto resulta directamente de su experiencia. Es en la experiencia que el niño aprende a distinguir su cuerpo del resto de la realidad física, que aprende las diferencias de su persona y los demás —el dolor que a él le duele los demás no lo sienten— que aprende las distintas posibilidades de relacionar la intencionalidad de su conducta con la de los demás: oponerse o colaborar, p.e.

Es cierto que estos aprendizajes se hacen en la primera infancia y a consecuencia de experiencias directas. Pero también es cierto que estas experiencias se acompañan de unos aprendizajes lingüísticos y que en la lengua que el niño aprende la estructuración resultante están en buena parte implícito. Sería exagerado decir que el niño recibe con la lengua la estructuración de su actividad conciente pero no es exagerado decir que el lenguaje le ayuda a constituir la y en la medida en que se constituye la fija y la refuerza.

Basta pensar en el aprendizaje del uso de la palabra «yo», del uso de «yo» frente a «tu», y de «yo» frente a nosotros, el uso de pronombres posesivos, del masculino o femenino para designarse a sí mismo, etc.

Lenguaje y cultura. En los párrafos anteriores se insiste en que en la lengua que aprende el niño va implícita una cierta organización de la realidad y del propio sujeto. No se trata con ello de decir que desde el principio los padres, a través del lenguaje, intentan transmitir al niño una cierta estructuración de la realidad, y una cierta valoración para orientarla, lo cual es evidente, sino que el mismo lenguaje incluye ya en parte esta estructuración y esta valoración.

A primera vista esto puede parecer absurdo. Si una lengua fuese exclusivamente un sistema de signos arbitrarios, hay que reconocer que lo sería. Pero cada lengua es además la lengua de una determinada cultura con la que se corresponde. Y aunque la naturaleza de esta correspondencia puede ser y es muy discutida hay que admitir que de alguna manera la lengua refleja las características y el contenido de la cultura que expresa.

Lenguaje y sociedad. De todas maneras el lenguaje que utilizan los miembros de una misma sociedad aunque participen en una misma cultura no es tan uniforme como a primera vista podría suponerse. La sociedad se divide y estructura en clases y grupos de diferentes tipos y todas estas divisiones influyen sobre el lenguaje. La lingüística social o sociología lingüística

presta hoy gran atención a este tema. El lenguaje que aprende el niño de las personas que le rodean no es el lenguaje general si no la variante específica del grupo o de los distintos grupos a los que pertenece su familia.

Aprendiendo este lenguaje de alguna manera se incorpora a estos. En todo caso para los demás el lenguaje que usa será el síntoma que les permitirá adivinar el grupo al que pertenece y en el que ha sido educado.

Hay más todavía. El niño no sólo aprende a hablar sino que aprende a utilizar el lenguaje en función de las distintas situaciones. Podría incluso decirse que el niño aprende varios lenguajes —varios códigos— y las reglas para utilizarlos según las ocasiones. Así el niño aprende que no se habla igual a los otros niños que a los mayores, ni se habla igual a los familiares que a los desconocidos, que ciertas palabras no es correcto decirlos, etc. Al llegar a la escuela estos aprendizajes se multiplican: no se habla igual al maestro que a los compañeros, en el aula que en el recreo. Así aprende a desempeñar su rol social.

Como resumen podemos decir que el lenguaje verbal nos sirve para estructurar nuestro conocimiento del mundo y poder manejarlo intelectualmente, que nos sirve también para comunicarnos con los demás y que nos sirve al mismo tiempo para pensar nuestra propia conducta y nuestra propia identidad. Pero más todavía que en la variedad de funciones hay que insistir en que en todas ellas se trata del mismo lenguaje, del mismo sistema de signos y por tanto que el lenguaje cumple una función unificadora en el conjunto de la estructura de la personalidad.

Y al mismo tiempo nuestro lenguaje no es sólo el mismo lenguaje que el que usan otros hombres —si no fuese el mismo no podríamos comunicarnos— sino que expresa una determinada cultura lo cual produce una semejanza y un vínculo de comunidad entre todos los que hablamos la misma lengua.

Así el lenguaje verbal es a la vez elemento integrador de la personalidad del individuo y elemento integrador del individuo en la colectividad.

Lo que en los párrafos anteriores se dice sobre la función del lenguaje en la estructura de la personalidad se entiende que es cierto cualquiera que sea la lengua concreta que el individuo utiliza. En cualquier caso se trata de una sola lengua, la lengua básica del individuo aquella en la que aprendió a hablar y en la que normalmente piensa y se comunica con los demás.

¿Y qué ocurre en el caso de los bilingües?

Prescindiendo de discusiones, en las que no tiene interés entrar, digamos que entendemos por bilingüe el individuo que conoce dos lenguas con parecida amplitud y profundidad y es capaz de utilizarlas en cualquier circunstancia con parecida facilidad y eficacia. No basta por tanto con conocer dos lenguas para poder hablar de bilingüismo. Pero tampoco tiene sentido reservar esta denominación para un utópico bilingüe perfecto que ha adquirido las dos lenguas en la primera infancia y las utiliza en las mismas circunstancias y con la misma frecuencia. En cualquier caso, lo que caracteriza al bilingüe es que para pensar o para comunicarse utiliza directamente una u otra de las lenguas que posee sin necesidad de traducir de la una a la otra.

Teniendo en cuenta lo que he dicho sobre la relación entre lenguaje y personalidad, la existencia de bilingües plantea dos tipos de dificultades;

1. La unidad de la persona se manifiesta en último término en la autoconciencia y ésta es, al menos en parte, verbal. ¿Cómo se mantiene la unidad de la persona si el individuo se piensa a sí mismo en dos lenguas distintas?

2. Cada lengua, recibida de una sociedad y expresión de una cultura, implica una organización de la realidad y un sistema de actitudes y de valoraciones. El aprendizaje y el uso de la lengua configura la personalidad en el sentido de la cultura que expresa. El bilingüe estaría integrado a la vez en dos culturas distintas y tendría a la vez dos sistemas distintos de organizar y valorar la realidad.

Una primera manera de responder a estas dificultades consiste en decir que el verdadero bilingüe no existe, que el individuo apoya la unidad de su personalidad en una lengua, la lengua en la que se piensa y a través de la que se integra en una determinada cultura. Esto no impide que además de tener una lengua básica sea capaz de utilizar con más o menos frecuencia y eficacia otra u otras.

O bien es posible admitir, para la segunda de las dificultades aducidas, que efectivamente existen verdaderos bilingües y por tanto biculturales, pero que son necesariamente personalidades anormales, inmaduras, inseguras o divididas y contradictorias consigo mismas por efecto de su doble adscripción.

Pero también es posible creer que el bilingüismo verdadero está dentro de las posibilidades de la naturaleza humana incluso admitiendo que es menos frecuente que el monolingüismo básico y que plantea problemas específicos por sus implicaciones socio-políticas. En esta perspectiva se sitúa este artículo.

Examinaré sucesivamente los dos enfoques:

—bilingüismo y procesos de pensamiento

—bilingüismo, cultura y personalidad

BILINGÜISMO Y PROCESOS DE PENSAMIENTO

El verdadero bilingüe es capaz de utilizar como vehículo de sus procesos mentales y también como vehículo de su comunicación verbal con los demás dos lenguas distintas. Pero más todavía que esta capacidad de usar dos lenguas lo que caracteriza al bilingüe y lo que resulta sorprendente es su capacidad para pasar de una lengua a otra en el curso de un mismo proceso de pensamiento o de una misma comunicación en el momento en que cambian determinadas circunstancias que hacen aconsejable el cambio.

Así un español bilingüe hispanofrancés de viaje por Francia no sólo habla en francés con los habitantes con toda naturalidad sino que incluso al cabo de unos días de viaje puede descubrir que incluso en su intimidad piensa a menudo en francés y lo que resulta más notable, que si está hablando

en español con otros bilingües y se incorpora al grupo un monolingüe francés continuará inmediatamente la conversación en francés sin que el cambio le cueste ningún esfuerzo aparente. O bien que si está pensando en español puede bastar cualquier estímulo externo o interno —unas palabras vistas o recordadas en francés— para que el curso de su pensamiento siga en esta lengua.

La capacidad de pasar de una lengua a otra en el curso de un mismo proceso demuestra que el individuo bilingüe no traduce cuando utiliza una u otra lengua. Pero demuestra también y sobre todo que el proceso mental —la actividad intelectual— es relativamente independiente de su expresión verbal. Sólo así se puede entender que un discurso comenzado en una lengua pueda continuarse en otra.

Cada palabra, cada frase significa una realidad. El significado de la palabra o de la frase es el conocimiento de esta realidad que alcanzamos a través de las palabras y como tal conocimiento no se confunde con las palabras que lo expresan. En vez de la palabra «gato» o de la frase «el tren ha llegado tarde» puedo utilizar sinónimos o perifrases verbales que signifiquen lo mismo y por supuesto puedo utilizar palabras en otro idioma.

Si en vez de referirnos a las palabras o a las frases nos referimos al discurso, a la argumentación, la distinción entre proceso de pensamiento y expresión verbal es todavía mayor. Es cierto que un razonamiento es siempre o normalmente un razonamiento verbal y nos sería muy difícil imaginar lo que podría ser una demostración física o una argumentación filosófica sin palabras. Hemos de admitir que el pensamiento abstracto exige un vehículo verbal, pero al mismo tiempo es evidente que el encadenamiento lógico de los significados en que consiste la demostración es distinto del enlace gramatical entre las palabras. Por esto el sujeto puede repetir la misma demostración en varias lenguas o incluso comenzarla en una lengua y seguirla en otra.

No tendría sentido intentar abordar a fondo aquí el complejo problema de las relaciones entre pensamiento y lenguaje. Sólo pretendo dejar constancia de que la existencia de verdaderos bilingües impide aceptar una pura y simple identidad entre procesos intelectuales y procesos verbales y hacer notar mi sorpresa porque en las abundantes y a veces enconadas discusiones sobre esta relación se tenga tan poco en cuenta el tema del bilingüismo que convenientemente analizado podría arrojar mucha luz sobre los problemas discutidos.

Si los procesos intelectuales, si el pensar, no se confunde con su expresión verbal a pesar de estar íntimamente unida, la posibilidad del bilingüe —de la identidad personal del bilingüe— queda ya básicamente establecida. Algunas consideraciones complementarias refuerzan este punto de vista.

Es posible afirmar que el aprendizaje del lenguaje juega un papel capital en la constitución de la personalidad como centro autónomo. Basta pensar en la importancia de aprendizaje del uso de los pronombres personales —uso

de «yo» y «tu»— o la distinta construcción de las frases según sea uno mismo u otro el sujeto de la acción. Este aprendizaje no puede ser una mera imitación del lenguaje y supone el descubrimiento de la subjetividad. Pero el que este descubrimiento vaya ligado al uso de una palabra determinada en una lengua determinada, por ejemplo, la palabra «yo», no quiere decir que su significado se agote en esta palabra y no pueda trasladarse a otra que signifique lo mismo en otro código lingüístico. De hecho el niño que crece en un ambiente familiar bilingüe aprende a usar el pronombre personal de 1.^a persona en dos lenguas distintas, sin que por ello haga dos descubrimientos distintos de su propia personalidad. La misma observación puede hacerse a través del lenguaje.

La autoconciencia de la conducta sólo en parte está constituida por procesos abstractos de pensamiento. En gran parte está constituida por imágenes y por sensaciones afectivas para las cuales un acompañamiento verbal es posible, pero no imprescindible y, por tanto, el bilingüismo no plantea ningún problema de fondo.

Es cierto que la mayoría de los individuos vierten sus experiencias en un lenguaje interior, que es siempre la misma lengua, la que aprendió en la infancia y la que continúa siendo la lengua de su intimidad y que les cuesta entender que haya otros individuos que puedan alternar dos lenguas distintas en este menester. Sin embargo, estos individuos existen.

El bilingüe piensa en la lengua A cuando recuerda o imagina situaciones en las que normalmente utilizaría la lengua A y piensa en la lengua B cuando fantasea situaciones en las que en la realidad utilizaría esta lengua.

Algo parecido puede decirse de las relaciones personales. El monolingüe, incluso si conoce otras lenguas, considera inconcebible establecer una relación personal en una lengua distinta de la propia y con tanta mayor fuerza cuanto más íntima sea la relación. El auténtico bilingüe que sostiene relaciones personales con distintas personas en distintas lenguas, encuentra muy incómodo cambiar de lengua en su relación con una persona determinada. Y, sin embargo, por poco frecuentes y por incómodos que sean los cambios de este tipo el hecho es que ocurren, por ejemplo en los matrimonios entre personas de distinta lengua.

El que una relación personal pueda sobrevivir e incluso mantenerse idéntica a pesar del cambio de lengua es una demostración fehaciente de que por grande que sea el papel del lenguaje en la organización de la experiencia interior, esta organización no se confunde con sus expresiones lingüísticas.

Quizá la demostración más convincente la ofrecen las personas que en un época determinada de su vida han cambiado totalmente de lengua principal, sin que este cambio haya significado la pérdida de su identidad histórica. En los niños esto puede ocurrir en forma aparatosa. Un niño de 8 años, trasladado a un ambiente lingüístico extraño y sin oportunidad para utilizar su propia lengua puede olvidarla totalmente sin que por ello olvide sus recuerdos anteriores.

Que un individuo pueda disponer de dos códigos lingüísticos para expresar unos mismos procesos de pensamiento y una misma identidad personal es ciertamente un hecho sorprendente y que contrasta con lo que ocurre en la mayoría de los hombres.

Aunque en realidad es menos sorprendente de lo que a primera vista parece, pues también en el monolingüe observamos fenómenos parecidos aunque de menor volumen e intensidad.

Las investigaciones contemporáneas sobre sociología del lenguaje han demostrado que una lengua no es hablada en forma uniforme en el conjunto de la sociedad sino que hay grandes diferencias ligadas a las clases y a los grupos sociales. Pero han demostrado además que un mismo individuo posee distintas variedades de la lengua común —lengua conversacional, lengua formal, lengua profesional, etc.— y las utiliza según las situaciones en que se encuentra. La relativa independencia entre estos distintos códigos, la posibilidad de expresar las mismas intenciones en distintos códigos y la posibilidad de pasar sin solución de continuidad de uno a otros ocurren exactamente igual que en el bilingüe.

Tanto el bilingüe que posee dos lenguas como el monolingüe que posee dos variedades de una misma lengua disponen de dos códigos distintos para referirse a unas mismas realidades. La alternancia es posible porque los procesos mentales y en último término la identidad del sujeto no se confunden con sus expresiones verbales. Porque no se confunden, el sujeto es consciente de su bilingüismo. Sabe cuando habla en la lengua A y cuando habla en la lengua B y sabe que al hablar en la lengua B pretende significar lo mismo que diría en la lengua A, y es capaz de juzgar en qué medida lo consigue.

Que el bilingüe sea capaz de juzgar el éxito de su bilingüismo, de decidir en qué medida su discurso en una lengua equivale a su discurso en la otra lengua que posee, es a mi juicio la prueba definitiva de que el individuo bilingüe no se confunde con sus expresiones verbales y la prueba por tanto de que la identidad personal es compatible con el hecho de ser bilingüe.

Una de las anécdotas más repetidas al tratar el tema del bilingüismo es la del escritor anglo-francés Green que se negaba a encargarse de traducir al inglés una novela que él mismo había escrito en francés, alegando que al intentar escribirla en inglés le resultaría otra novela. O sea que al intentar expresar en inglés los significados que constituían la novela original se producirían desplazamientos en la descripción de los contenidos —paisajes, personajes, situaciones— que acumulándose acabarían por hacer imposible que se considerase el relato inglés como traducción del francés.

La anécdota acostumbra a utilizarse para demostrar la imposibilidad del bilingüismo en general y más concretamente la imposibilidad del escritor bilingüe. Pero lo que en primer lugar indica la anécdota es precisamente lo contrario, porque lo que dice Green es que ha escrito una novela en francés y que sería capaz de escribir otra novela en inglés, que no sería una traducción adecuada de la primera. O sea, que se proclama capaz de escribir en las dos lenguas.

Green no nos aclara por qué las dos novelas serían distintas, si resultarían directamente de las diferencias semánticas, sintácticas y estilísticas entre el francés y el inglés y serían, por tanto, un puro problema de traducción, o si resultarían más bien de que al escribir en inglés su escritura estaba más influida por los rasgos digamos ingleses de su personalidad. Lo cual significaría que si Green es capaz de expresarse y de comunicarse en dos lenguas distintas es porque participa de dos culturas distintas, y puede pensar de dos maneras en cierta medida distinta. Este es el gran problema que plantea al bilingüe y a él voy a referirme inmediatamente.

Pero dejemos claro antes de empezar que Julien Green no es sólo la suma de dos maneras de pensar y de expresarse. Por encima de estas dos capacidades y en un nivel superior está el Green que se contempla a sí mismo como escritor francés y como posible escritor inglés, que juzga sus posibilidades en una y otra lengua y que decide que es lo que en definitiva va a hacer, en que lengua va a escribir.

Así la anécdota nos muestra con claridad que la personalidad en el sentido del yo personal no se agota en su expresión lingüística incluso cuando esta es tan absorbente como en el caso del escritor. El bilingüismo o el biculturalismo no rompe la unidad de la personalidad.

Lo cual no significa que no provoque problemas. Los verdaderos y graves problemas del bilingüismo los encontraremos en el segundo de los enfoques que he propuesto.

BILINGÜISMO, CULTURA Y PERSONALIDAD

El bilingüe dispone de dos sistemas de signos para referirse a una misma realidad y para expresar unos mismos significados. Pero los dos sistemas no son neutros en su función significativa y no son por tanto rigurosamente intercambiables. En primer lugar porque los signos de cada sistema no cubren un mismo repertorio de objetos o de aspectos de la realidad. Pero además y sobretodo porque incluso cuando se refieren a los mismos objetos o aspectos de la realidad los signos en cada una de las dos lenguas tienen connotaciones distintas y provocan asociaciones diferentes. Las diferencias entre los dos sistemas lingüísticos no se reducen a las diferencias en la significación de sus signos, cada lengua tiene sus propias maneras de enlazar y modificar los signos para integrarlos en un discurso y esta diversidad morfológica y sintáctica revierte también sobre el significado.

Por estas diferencias el paso de un discurso de una lengua a otra, lo que llamamos traducción es siempre difícil y en el límite imposible. Esta dificultad y esta imposibilidad ha sido tantas veces destacada que no hace falta insistir sobre ella.

Lo que sí importa decir es que la capacidad significativa de los signos y de las estructuras significativas, difieren en las distintas lenguas, pero que estas

diferencias no son resultado de un azar. O, si se quiere, que en algún caso pueden ser resultado de azar, pero que en conjunto son coherentes y han de atribuirse al hecho de que cada lengua se corresponde con una cultura a la que sirve de medio de expresión.

La noción de cultura no es menos ambigua y controvertida que la de personalidad a la que antes me he referido. El pensamiento clásico oponía la cultura de los pueblos civilizados a la incultura de los bárbaros. La época moderna insistió en su carácter histórico y progresivo, la cultura está en progreso constante, y es posible señalar niveles de civilización. Pero el pensamiento romántico y sobre todo la antropología cultural nos ha familiarizado con la idea de una pluralidad de culturas, cada una con su significación propia. Renunciando a abordar aquí cualquier discusión del tema me limito a señalar que cualquier definición aceptable de la noción de cultura en nuestros días incluye los siguientes puntos:

- Una cultura se nos presenta en primer lugar como un conjunto de opiniones, de actitudes, de formas de relación entre los hombres y de formas de manejo y uso de la naturaleza, compartidas por los miembros de una misma sociedad.
- Estas maneras de pensar y de obrar, constituyen un conjunto coherente que se resuelve en último término en una concepción del mundo y de la existencia humana.
- La cultura se manifiesta en diferentes órdenes: derecho, arte, técnicas de producción, etc. Pero una cultura se traduce además en una organización social a la que por otra parte justifica.
- Las culturas son históricas. Evolucionan en su interior y entran en contacto y en conflicto con otras en el marco de la evolución general de la humanidad.

Las mismas corrientes de pensamiento que han puesto de relieve la singularidad de las distintas culturas han insistido en la conexión entre lengua y cultura. Las formulaciones típicas se encuentran en el romanticismo alemán, en Herder y en Humbolt. Para Herder cada pueblo tiene un espíritu propio que se concreta en un pensamiento propio, y se manifiesta en su lenguaje. La lengua a la vez refleja el pensamiento del pueblo y condiciona la manera como el individuo que la habla, percibe y entiende el mundo.

Humbolt repite y refuerza estas ideas, pero en vez de referirse al «pueblo», denominación amplia que en Herder parece tener más bien un sustrato geográfico e incluso climatológico, se refiere sistemáticamente a la «nación», colectividad entendida primariamente en forma histórica. La lengua es una manifestación del espíritu nacional.

A partir de Humbolt, esta conexión ya no se olvida, y en las grandes querellas del siglo XIX en torno a la cuestión nacional, la identificación entre lengua y nacionalidad jugará un papel de primer orden.

La antropología cultural americana partiendo del estudio de las culturas primitivas, ha llegado a ideas parecidas a las de Humbolt en cuanto a la relación entre cultura y lengua. La formulación más popular de esta idea se conoce con el nombre de «hipótesis de Whorf-Sapir», aunque fue Sapir en realidad quien inició la teoría, partiendo de sus observaciones sobre la lengua y la cultura de los indios norteamericanos. Para Sapir el vocabulario de un pueblo es un reflejo fiel de su cultura. No es posible, por tanto, la traducción palabra por palabra, sino que para entender cualquier palabra en una lengua determinada hay que referirse a su contexto cultural. Whorf, discípulo de Sapir, desarrolló esta idea. Para él no es sólo el vocabulario de una lengua lo que es expresión de la cultura, sino incluso su estructura gramatical. No sólo el lenguaje expresa la cultura sino que condiciona la manera de pensar de los individuos.

En las distintas formulaciones que he citado de esta teoría, desde la filosofía del lenguaje o desde la antropología cultural, encontramos un conjunto de ideas que hoy parecen generalmente aceptadas y que podemos resumir así:

- Hay una correspondencia directa entre el vocabulario de una lengua y la cultura a la que sirve de medio de expresión. Cada palabra en una lengua determinada sólo es plenamente comprensible en su contexto cultural.
- Hay igualmente, una correspondencia entre la organización gramatical de una lengua y la manera como la realidad es conocida y organizada en la cultura correspondiente.

La lengua de un pueblo manifiesta, por tanto su cultura. Lengua y cultura se ilustran y se explican mutuamente.

Para el individuo la lengua en la que habla y en la que piensa condiciona su visión del mundo y de la sociedad. De aquí se deduce que el aprendizaje lingüístico es la primera forma de socialización y de culturalización del individuo. Aprendiendo a hablar el niño aprende una cierta organización de la realidad en el doble sentido de los objetos que la constituyen y de la forma de relacionarlos, lo que a su vez implica una valoración de la realidad y unas normas de comportamiento.

Esto equivale a decir que aprendiendo a hablar en una lengua, el individuo asimila una cultura determinada y esta asimilación a la vez conforma su personalidad y le integra en la sociedad de los que hablan la misma lengua y participan de la misma cultura.

Prolongando el razonamiento podemos decir que la identidad y la integridad personal supone la adscripción a una cultura determinada y que la adscripción a una cultura supone la posesión de la lengua correspondiente a esta cultura como la lengua propia del individuo.

La consecuencia lógica de esta forma de razonar es que el bilingüismo en sentido propio es imposible como es imposible el biculturalismo. La uni-

dad y la coherencia de la personalidad exigen la unicidad de la cultura y de la lengua. Sólo a partir de esta adscripción a una lengua y a una cultura es posible que el individuo asimile con más o menos profundidad una segunda lengua y aprenda a manejar con más o menos eficacia una segunda lengua.

Esta afirmación es exagerada.

Por supuesto en muchos casos, en la mayoría de los casos si se quiere, la integración personal se basa en la adscripción a una cultura determinada y en la posesión de una lengua propia. Pero esta normalidad estadística no elimina la posibilidad de que en ciertas circunstancias no pueda ocurrir de otra manera.

Notemos en primer lugar que la correspondencia entre lengua y cultura es menos estrecha de lo que estas teorías afirman y de lo que acostumbra a darse por supuesto. No basta con afirmar que la lengua alemana presenta unas características que se corresponden con las de la cultura alemana y que lo mismo ocurre con la lengua francesa o la rusa. Además de afirmarlo es necesario demostrarlo, y las demostraciones que se aducen son extraordinariamente vagas. Acostumbran a reducirse a señalar correspondencias entre el vocabulario de una lengua y los contenidos de la cultura correspondiente o a apoyar metáforas más o menos brillantes sobre algunas expresiones lingüísticas.

Si es muy difícil demostrar la correspondencia lengua y cultura todavía hay que añadir que una misma lengua se usa en contextos culturales muy diversos y que no parece posible demostrar una equivalencia entre diferencias lingüísticas y diferencias culturales. Así el negro de un slum neoyorkino está culturalmente más cerca del puertorriqueño que con él convive, que del blanco de clase media. Sin embargo, el negro habla como el blanco en inglés y aunque el inglés de uno y otro es muy distinto, su diferencia es menor que la que existe entre el inglés del negro y el español del puertorriqueño. Y sería en todo caso muy difícil, por no decir imposible, deducir las similitudes y las diferencias lingüísticas de estos tres grupos de sus similitudes y diferencias culturales.

Más importante todavía es hacer notar que las culturas-lenguas no son compartimentos estancos. Ciertamente la cultura francesa y la cultura alemana son distintas, pero no radicalmente distintas, de hecho tienen elementos comunes y elementos próximos e incluso es posible considerarlas como provincias de una cultura más amplia. Mayores son las diferencias con la cultura china o con la japonesa, pero incluso en este caso se puede hablar de elementos comunes. Si no los hubiese no sería posible la comunicación ni la traducción. Por supuesto toda traducción es imperfecta, pero imperfecta quiere decir en primer lugar que es posible aunque no lo sea plenamente.

Y a la inversa si las distintas culturas no son compartimentos estancos cada cultura no constituye una unidad uniforme ni mucho menos. En Francia se habla francés, vehículo de la cultura francesa y, sin embargo, en la misma Francia existen diferentes lenguas según la región, el nivel social, la profesión

y el uso. Una misma persona pasa de un francés a otro cuando habla, cuando escribe, cuando conversa en familia o con sus amigos, cuando informa en el foso como abogado o cuando discute con otro automovilista en un embotellamiento. En cada situación utiliza un francés distinto con un contenido cultural distinto y pasa sin dificultad de uno a otro.

Digamos en resumen, que ni las culturas son islotes autosuficientes entre los que necesariamente hay que elegir, ni las lenguas instrumentos de expresión de una cultura única sino que pueden expresar formas culturales muy diversas. Así el bilingüe incluso si es poco frecuente deja de parecernos absurdo e imposible. Es posible estar integrado a la vez en dos culturas sin que ello afecte a la unidad, al equilibrio de la personalidad, basta con que las dos aparezcan como compatibles. Ello es tanto más fácil de imaginar cuando incluso el monolingüe en sentido corriente, es en realidad plurilingüe y pluricultural.

Claro que las dos lenguas y las dos culturas son distintas y, por tanto, es distinta la expresión personal según la lengua que se utilice. Antes he insistido en ello al citar la anécdota de Julien Green, pero esta diferencia no implica necesariamente un conflicto.

BILINGÜISMO Y SOCIEDAD

Los párrafos anteriores pretenden demostrar que el bilingüismo es compatible con una personalidad integrada y normalmente estructurada. Sin embargo, es un hecho que los bilingües acostumbran a presentar problemas personales a causa de su bilingüismo. Para entenderlos, a la consideración de la lengua como vehículo de una cultura hemos de añadir la consideración de la lengua como vínculo de una sociedad.

Al referirme a la relación entre lengua y cultura he señalado ya, que a lo largo del siglo XIX, la nación se define como una comunidad social que se caracteriza entre otras por tener una cultura propia y una lengua propia. Esta identificación tiene consecuencias fáciles de deducir. La lengua será síntoma y prenda de nacionalidad y cada grupo nacional se esforzará por defender la singularidad y la pureza de su lengua. (3)

(3) Entre los muchos testimonios que pueden aducirse sobre el tema lengua y nacionalidad, he elegido unos textos de Prat de la Riba en «Nacionalitat catalana».

«Aunque después de engendrar la lengua catalana no hubiese producido nada más, el alma de nuestro pueblo ya habría revelado los rasgos fundamentales de su fisonomía impresas en la fisonomía de su lengua (p. 104).» «El pueblo que no ha logrado crear una lengua propia es un pueblo mutilado porque la lengua es la manifestación más perfecta del espíritu nacional y el instrumento más poderoso de la nacionalización y por tanto de la conservación y vida de la nacionalidad (p. 99).» «La nación es una sociedad de gente que hablan una lengua propia y tienen un mismo espíritu que se manifiesta único por debajo de la variedad de toda la vida colectiva (p. 59).»

Prat de la Riba describe también cómo a través de la lengua la sociedad moldea al

Aunque sea el caso más característico, la nación no es el único ejemplo de grupo social con una lengua propia. Incluso puede decirse que cualquier grupo con gran coherencia interna tiende a desarrollar un lenguaje propio. En una perspectiva diferente las diversas clases sociales poseen lenguajes característicos que sirven entre otras de auténticas barreras sociales.

Antes decía que a través de la lengua el individuo se incorpora a la cultura, en el sentido que participa de ella. Ahora añadido que a través de la lengua el individuo se incorpora al grupo, en el sentido de que el individuo participa de los valores culturales del grupo, por supuesto, pero además en el sentido de que el hablar la misma lengua es condición y signo visible de formar parte del grupo, y en la medida en que el grupo es consciente de sí mismo, en la medida en que el grupo tiene objetivos políticos, el uso de la lengua será una forma de solidaridad y de fidelidad al grupo, y a su cultura.

En esta perspectiva, el bilingüismo significa no sólo la participación en dos culturas distintas sino la pertenencia, querida o impuesta, a dos grupos sociales distintos o más exactamente a un grupo social en situación conflictiva. De ahí se derivan conflictos personales variados que intentaré comentar.

Bilingüismo por cosmopolitismo. En un estudio relativamente reciente Balkan (4) ha demostrado que unos niños sometidos a una educación bilingüe pueden conseguir un desarrollo intelectual y cultural igual o incluso superior al de los niños de condiciones similares sometidos a una educación monolingüe. Son unos resultados diametralmente opuestos a los que se discutían en la conferencia de Luxemburgo que he citado en la introducción a este artículo. Y, sin embargo, no tienen nada de sorprendentes.

individuo. «El hombre nace, crece, se forma y vive en sociedad. Viene al mundo con un cuerpo determinado en el que sus padres han dejado los gérmenes de predisposiciones fisiológicas y morales, una especie de residuo de toda su vida pasada influida y determinada por las condiciones del medio social en el que se desarrolló. Su espíritu despierta a la vida de la inteligencia con los acentos de una lengua determinada que le da hechas y acabadas las ideas y todo un sistema de vínculo intelectuales que se apodera de su entendimiento de niño y lo pliega y amolda a su gusto. Todo esto, obra de la sociedad, constituye en el alma misma de los hombres un pedazo del alma social, su espíritu individual queda orgánicamente soldado para siempre con el alma colectiva y siempre también al lado de la vida propia de la individualidad vivirá como los pólipos del coral la vida compleja y rica de la comunidad. La sociedad que da a los hombres todos estos elementos de cultura, que los une y forma con todos ellos una unidad superior, un ser colectivo informado por un mismo espíritu, esta sociedad natural es la nacionalidad.»

Quando los marxistas tuvieron que enfrentarse con la cuestión nacional recogieron las ideas sobre nación y cultura nacional vigentes en el siglo XIX y entre ellas la del lenguaje nacional. La primera elaboración teórica importante fue la de Kautsky. El célebre artículo de Stalin en 1916, «El marxismo y la cuestión nacional» repite con escasas variaciones sus puntos de vista. La definición que da Stalin de la nación incluye también la lengua: «La nación es una comunidad estable, históricamente constituida de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica que se traduce en una comunidad de cultura.» Cf. *El marxismo y la cuestión nacional*. Ed. Avance, Barcelona, 1976.

(4) Balkan, 1970: *Les effets du bilinguisme français anglais sur les aptitudes intellectuelles*, Bruselas, Aimav.

Los niños de los estudios citados en Luxemburgo pertenecían a minorías lingüísticas —principalmente galeses— a los que se había impuesto una escolarización en una lengua distinta de la materna, que oscilaban entre dos lenguas con una diferencia de status considerable y que eran además de clase social inferior a los niños monolingües con los que se les comparaba. En cambio los sujetos del estudio de Balkan son hijos de familias cosmopolitas, diplomáticos y directivos de empresas multinacionales que en una escuela de Ginebra reciben desde el comienzo una educación bilingüe en francés y en inglés. Para estos niños las dos lenguas no representan grupos sociales o culturas distintas y opuestos entre los que es necesario elegir sino que por el contrario son vehículos de formas de vida y bienes culturales compatibles y complementarios. Su actitud y la de sus familias frente al bilingüismo es favorable por principio. Por ello no puede extrañarnos que su desarrollo intelectual y cultural resulta incluso superior a los niños de un medio social parecido que en Ginebra asisten a una escuela monolingüe.

La situación de estos niños aunque poco frecuente no es, sin embargo, excepcional. La multiplicidad de los contactos internacionales en el mundo contemporáneo —organismos internacionales, empresas multinacionales, diplomacia, comercio, turismo— provoca situaciones de este tipo no sólo a nivel individual sino colectivo.

No es seguro, sin embargo, que la pertenencia de estos ambientes tenga necesariamente efectos beneficiosos sobre la personalidad. En muchos casos no se dan las condiciones que veíamos en el estudio de Balkan sobre igualdad de uso pedagógico y de igualdad de actitudes positivas ante las lenguas en presencia, e incluso si la asimilación bicultural es satisfactoria no es seguro que lo sea la integración personal. Para que lo sea es preciso que al individuo las dos culturas le parezcan como sólidamente integradas en una unidad o claramente subordinadas una a otra. Si no el peligro de la inseguridad y el desarraigo es demasiado evidente.

Pero la mayoría de las situaciones de bilingüismo colectivo no corresponden a este modelo de sociedades cosmopolitas, lingüísticamente neutras, sino que se dan en sociedades concretas con unas tensiones sociales y políticas muy definidas que repercuten sobre los usos lingüísticos.

Bilingüismo por unificación lingüística. Si el lenguaje verbal es el medio primario de comunicación entre los hombres sería natural que todos los hombres que habitan en un mismo lugar y forman parte de la misma sociedad política hablasen la misma lengua. Cuando esto no ocurre, cuando como es muy frecuente y en un mismo territorio coexisten dos lenguas, hay que suponer que algo ha ocurrido en el pasado que justifique esta coexistencia. Las posibles razones históricas pueden ser muy diversas.

Una primera razón la constituyen los procesos de expansión territorial. Cuando un pueblo ocupa un territorio ajeno en el territorio ocupado se produce un desequilibrio político y económico, pero también cultural y lingüístico en favor del ocupante. La expansión de Roma y de la lengua latina por

Europa en la edad antigua y los diferentes imperios coloniales en la edad moderna, son ejemplos suficientemente claros de estos procesos.

Un segundo tipo de razón histórica lo constituyen los procesos de unificación política y lingüística que han caracterizado la constitución de muchos estados europeos a lo largo de la edad moderna, de los que Francia y España constituyen ejemplos muy destacados. En estos casos un grupo etnicolingüístico asume un papel preponderante en la organización política, establece su lengua como lengua oficial del estado y de su administración y presiona por imponer su uso en los territorios que hablan otras lenguas.

Aunque en estos casos el establecimiento de una lengua como lengua oficial del estado coincide con la voluntad política de un grupo étnico determinado, no deja de ser cierto que una administración estatal unificada requiere en alguna medida una lengua oficial común, incluso si ninguna étnica lingüística de las que integran el estado tiene un papel preponderante o no se desea que desempeñe un papel preponderante. Con este problema se enfrentan muchos países asiáticos y africanos, que accedieron a la independencia después de la última guerra y que son verdaderos mosaicos de étnicas y de lenguas. La India es, probablemente, el ejemplo más dramático de este problema. Israel, adoptando el yedish le ha dado una solución y los varios países árabes han hecho algo parecido con el árabe literal.

Finalmente, las guerras y los tratados internacionales han complicado todavía el panorama lingüístico de los estados incluyendo en sus fronteras diferentes minorías lingüísticas, de modo que los estados que pueden considerarse monolingües son más bien la excepción que no la regla.

Las situaciones de bilingüismo, que así se producen, son extraordinariamente variadas. Todas o la inmensa mayoría tiene en común la coexistencia en un mismo territorio de una lengua oficial, llegada de fuera y más o menos arraigada en la población y una lengua autóctona en situación de inferioridad política. El desequilibrio en el status de las dos lenguas, que llamamos diglosia, se puede manifestar de distintas maneras, pero en su forma más típica puede describirse así:

a) De las dos lenguas en presencia una de ellas es la lengua oficial y, por tanto, la lengua de la administración pública. Es también exclusiva o principalmente la lengua de la enseñanza y de los medios de comunicación.

b) La lengua oficial es usada exclusivamente por las clases dirigentes de la sociedad, mientras las clases populares siguen fieles a la lengua autóctona.

c) La lengua oficial se utiliza para hablar de temas serios e importantes mientras la lengua autóctona se reserva para los temas familiares privados.

Cualquier situación diglósica a medida que pasa el tiempo se va agudizando en beneficio de la lengua oficial y en perjuicio de la lengua autóctona que acaba por reducirse a un patois confinado a un uso colonial. En el límite la diglosia conduce al monolingüismo.

Sin embargo, es posible que el proceso de expansión de la lengua oficial tropiece en algún momento de su historia con una relación de defensa de la lengua autóctona que convierta esta defensa en una forma de conciencia política de la minoría lingüista. A partir de este momento la diglosia puede empezar a disminuir e incluso es posible imaginar que el nuevo proceso conduzca a una situación de autonomía en la que la lengua autóctona se convierta en oficial.

Bilingüismo por emigración. Un tercer tipo de hechos históricos que producen situaciones colectivas de bilingüismo lo constituyen los movimientos inmigratorios.

El inmigrante se ve obligado a aprender mejor o peor la lengua del país donde se instala y a convertirse así en bilingüe. El hecho de que el inmigrante conviva con otros inmigrantes, convierte el hecho en colectivo y contribuye a diferenciar el uso social de las dos lenguas en presencia. Este uso está claramente diferenciado, la lengua propia en el seno de la familia y con los otros inmigrantes, la lengua del país en el trabajo y en los locales administrativos. Se trata de una forma de diglosia como las que hemos estudiado al hablar de los procesos de unificación lingüística, con la diferencia de que allí la lengua fuerte, la que tiene mayor peso político, es la lengua llegada de fuera y aquí la lengua llegada de fuera está políticamente más débil.

El inmigrante puede optar entre adaptarse pasivamente a su situación de bilingüismo y diglosia, o intentar integrarse plenamente en la sociedad que lo recibe, identificándose con ella en primer lugar a través de la lengua. Pero en determinadas circunstancias, como ahora está ocurriendo con los inmigrantes hispánicos en USA, es posible que el grupo inmigrante tome conciencia de su identidad colectiva y se apreste a defenderla. Entonces, igual como veíamos en el caso de las minorías lingüísticas el uso de la lengua propia se convierte en señal de identidad y en forma de solidaridad con el grupo.

ACTITUDES PERSONALES

Ahora estamos en condiciones de describir las principales actitudes personales que el individuo que tiene una lengua propia, pero que se encuentra en una situación colectiva de bilingüismo más o menos diglósico puede tomar.

1.º Aceptación. La primera actitud posible es evidentemente la de la aceptación. El individuo se encuentra con una situación en la que dos lenguas tienen socialmente funciones distintas y acepta como normal esta situación, con mayor razón todavía si todos los que conviven con él la aceptan igualmente como normal.

Ejemplos de esta actitud lo constituyen muchos emigrantes pobres de 1.ª generación, que no pueden aspirar en el país que les recibe a otra integración que a trabajar y subsistir y que se contentan con ella. La diglosia lingüística se corresponde exactamente con su subordinación social.

Otro ejemplo lo encontramos en grupos indígenas actuales de la América hispana que tienen una lengua propia y que se ven llevados a hablar mejor o peor el español. En la medida en que no discuten su situación de inferioridad colectiva tampoco la diglosia resulta problemática.

Lo mismo puede decirse del habitante de un territorio que tuvo una lengua propia que ha sido desplazada por una lengua oficial y reducida a la condición de patois. En la medida en que la situación se considera irreversible puede ser aceptada simplemente.

Lo mismo puede decirse del habitante de un territorio en el que coexisten dos variedades de una misma lengua, variedad culta y variedad vulgar, incluso si las dos variedades difieren profundamente (alemán y platdeutsch, griego culto, árabe literario, etc.).

Los ejemplos se refieren en primer lugar a individuos poco cultos, pero pueden incluir también intelectuales preocupados por el uso de la lengua. En la medida en que un intelectual considera que su primera lengua no puede tener un cultivo culto y que la situación es irreversible está aceptando esta situación. Fue la situación que conocieron todos los intelectuales europeos a lo largo de la Edad Media y hasta muy entrada la época moderna, cuando utilizaban su lengua materna para los usos comunes de la existencia y el latín para las cuestiones importantes, las situaciones formales y las comunicaciones escritas.

2.º Intento de identificación. Una segunda actitud posible es la de intentar identificarse con el grupo lingüísticamente preponderante y para ello asumir la lengua dominante como lengua propia.

Un primer ejemplo de esta actitud lo encontramos en el habitante de un territorio donde coexisten una lengua autóctona y una lengua oficial, que se esfuerzan por adoptar como propia la lengua oficial como una forma de ascenso y de prestigio social. La misma motivación pero en forma más aguda y más difícil de satisfacer la encontramos en situaciones coloniales donde la distancia étnica, cultural y política entre los dos grupos lingüísticos es mucho mayor.

Otro ejemplo no menos característico lo ofrece el inmigrante de primera o de segunda generación decidido a integrarse y a progresar en la sociedad que lo recibe y que considera que el dominio de la nueva lengua es la primera condición de su integración.

De hecho incluso en una sociedad monolingüe, pero con fuertes diferencias lingüísticas el individuo que pretende ascender socialmente debe esforzarse en modificar su lenguaje.

Las complicaciones personales de esta actitud son fáciles de imaginar. Por un lado la preocupación angustiosa por la lengua que se pretende dominar y la inseguridad y el miedo de no conseguirlo, reflejo en el plano lingüístico de la angustia y el miedo producidos por la inseguridad de la situación social. Y por otro lado la indiferencia o la hostilidad frente a la propia lengua lo que de alguna manera se acompaña de indiferencia o hostilidad frente al propio grupo y que puede provocar sentimientos de culpabilidad.

3.^o *Defensa de la lengua propia.* Una tercera actitud posible es la de mantener la identificación con la propia lengua y rechazar o reducir el uso de la segunda lengua.

En la medida en que la lengua se ha convertido en símbolo de un grupo esta actitud representa un refuerzo de la pertenencia al grupo minoritario.

Esta actitud se encuentra con facilidad entre miembros de las minorías lingüísticas resultantes de un proceso de conquista o de unificación política decididos a defender su identidad colectiva, o entre los miembros de las minorías emigrantes que han tomado conciencia de una personalidad colectiva.

Esta actitud supone tomar partido en una confrontación y puede provocar conflictos y dificultades en el que la asume. Esto puede ser perfectamente asimilado en su personalidad, pero es evidente también que esta actitud se presta a frustración.

El individuo en este caso, puede sentirse frustrado porque no se le ha permitido desarrollarse y realizarse en su propia cultura y se siente por ello truncado.

Pero desde una perspectiva distinta, es posible que el individuo se sienta frustrado por la limitación que le impone su propia lengua, sea porque su escasa fuerza política y social reduce sus posibilidades de progreso social, bien porque su escaso nivel cultural o su pequeña difusión reducen su ámbito de acción.

Si el individuo fracasa en su ambición social o en sus objetivos culturales, normalmente atribuirá la responsabilidad de su fracaso a la situación de miembro de una minoría lingüística condenada al bilingüismo.

4.^o *Ambigüedad.* He descrito tres actitudes típicas netamente definidas: aceptación de la diglosia, identificación con la lengua dominante, defensa de la lengua propia. En la realidad las actitudes pueden ser y son normalmente, mucho menos definidas y admiten muchas variantes. Pero hay que señalar todavía como actitud característica la actitud ambigua del que oscila entre la identificación con la lengua dominante y la defensa de la lengua propia y que no se decide a tomar partido entre estas dos posturas opuestas cuando el ambiente en el que vive espera de él que lo haga.

Esta actitud, que no debe tacharse precipitadamente de cobardía o de indecisión, pues las razones en uno y otro sentido pueden ser muy fuertes, se convierte con facilidad en una situación personal trágica. En esta situación, más aún que en las actitudes anteriores el individuo tiende a atribuir a su situación bilingüe y bicultural la raíz de todos sus fracasos.

BILINGÜISMO FAMILIAR

En una situación de bilingüismo colectivo es posible que las familias inmersas en ella sean, sin embargo, en su interior monolingües. Pero también

puede ocurrir lo contrario, que en el interior de una misma familia se hablen dos o más lenguas bien sea como consecuencia de un bilingüismo ambiental, bien sea por razones propias a la familia como ocurre en el caso de los matrimonios internacionales. Para el tema que nos ocupa, el bilingüismo familiar, tiene una importancia muy grande porque en una familia de este tipo el niño crece y desarrolla su personalidad desde el comienzo en una situación bilingüe.

El bilingüismo familiar puede tomar formas muy diversas. Aquí me refiero al caso más típico y representativo, aquél en que el padre y la madre hablan al niño desde el comienzo cada cual en su lengua aunque entre los dos utilicen una de las dos como lengua común.

La experiencia enseña, que en estas circunstancias el niño aprende sin dificultad a utilizar las dos lenguas y a utilizarlas separadamente y a ser capaz de pasar de la una a la otra como un verdadero bilingüe y esto desde muy pronto.

De todos modos el niño no utiliza las dos lenguas con la misma frecuencia por razones obvias y sobre todo cuando habla sin interlocutores —monólogo exterior o interior— parece preferir una de las dos lenguas, que se puede calificar así de su lengua propia y que con facilidad será la lengua de la madre por la simple razón de que la madre o quien la substituye es quien pasa más horas con el niño en la primera etapa de su vida. Más todavía, es posible que la lengua aprendida del padre y la lengua aprendida de la madre no coincidan en sus contenidos significativos y en su tonalidad afectiva.

La psicología moderna y concretamente el psicoanálisis nos ha familiarizado con la idea de que la imagen paterna y la imagen materna juegan un papel determinante en la formación de la personalidad del niño, y que esta formación atraviesa una serie de conflictos y de crisis hasta alcanzar un relativo equilibrio. Si el padre y la madre hablan lenguas distintas, sus imágenes y sus funciones respectivas repercutirán sobre el significado que las lenguas tienen para el niño, y si el niño en la evolución de su personalidad, no logra integrar adecuadamente las dos imágenes, si la figura paterna y la materna entran definitivamente en conflicto, el conflicto repercutirá fuertemente sobre una u otra lengua.

Con el tiempo las dos lenguas aparecerán al niño como expresiones de dos culturas y como signos de afiliación a dos grupos étnicos y políticos. Así el hijo de padre francés y madre inglesa viviendo en Francia empezará a darse cuenta de las diferencias entre cultura francesa y la inglesa y descubrirá sobre todo que ingleses y franceses son dos grupos distintos, no siempre en buenas relaciones y experimentará presiones para incluirle o excluirle de cualquiera de los dos. Se encontrará así inmerso en conflictos parecidos a los que hemos descrito a propósito de las minorías lingüísticas. Pero el hecho que su bilingüismo y su biculturalismo arranque de su situación familiar y esté anclado en la base de su personalidad le ofrece la posibilidad de una solución integradora. Pero es sólo una posibilidad. Si la situación se le presenta como conflictiva el conflicto personal será mucho más doloroso porque

será más profundo todavía que para el que ha crecido en una familia monolingüe.

NIVELES DE USO Y DE SIGNIFICACIÓN

A lo largo de estos comentarios hemos llegado a la conclusión de que el verdadero bilingüismo es posible y es, además, compatible con una personalidad equilibrada. Pero que el individuo bilingüe en la práctica acostumbra a tener problemas personales incluso muy graves porque las lenguas no sólo expresan culturas distintas sino que son medios de comunicación de grupos étnicos y sociales distintos y en alguna medida enfrentados con lo que su uso se convierte en símbolo de solidaridad y de fidelidad a un pueblo y a una lengua.

Hay que tener en cuenta que la identificación: lengua, pueblo, cultura, no siempre ocurre de la misma forma. El nivel de conciencia colectiva de las distintas comunidades lingüísticas que pueblan nuestro mundo es evidentemente muy distinto; cuanto más alto es, más graves son los problemas que he descrito.

Pero además, esta identificación ocurre de diferente manera según los distintos usos del lenguaje verbal. Sin advertirlo al discutir sobre problemas de lenguaje pensamos en un uso culto o literario y hemos de hacer un esfuerzo para darnos cuenta de que este no es el uso primario ni quizá principal.

A lo largo de la edad moderna la piratería ha sido endémica en el Mediterráneo. Aunque los barcos eran nominalmente moros o turcos —o ingleses— los tripulantes habían nacido en todas las riberas del Mediterráneo. Se entendían como se entendían los comerciantes y los marineros en los puertos, en parte hablando cada uno su propia lengua y en parte hablando una lengua franca nacida de los contactos lingüísticos sostenidos a lo largo de los siglos en todos los puertos mediterráneos.

La lengua así entendida tiene una función estrictamente pragmática, comunicarse de la forma más rápida y más eficaz posible. Los contenidos significativos son muy simples y pueden ser traducidos sin dificultad. Los aspectos afectivos y personales de la comunicación quedan entregados a la gesticulación. En este nivel de uso del lenguaje el usar una lengua u otra, supuesto que se conozcan varias o incluso el mezclarlas, no tiene ninguna importancia. Las implicaciones personales y culturales que he descrito antes aquí no existen.

Naturalmente, esta no es la única forma posible de uso de la lengua. Lo que caracteriza al hombre y constituye su dignidad es su capacidad de reflexionar sobre la realidad, reflexión que no significa necesariamente una investigación científica; puede ser una reflexión sobre la práctica o un esfuerzo por entender los propios sentimientos para explicarlos a los otros. En todo caso esta reflexión intelectual se apoya en el lenguaje verbal para realizarse y se sirve del lenguaje para comunicarse a los demás.

En la medida en que el lenguaje se intelectualiza sus contenidos significativos se complican y se diferencian en cada lengua concreta. La traducción empieza a hacerse problemática y el hombre se hace consciente de la diferencia entre las distintas lenguas. A partir de aquí pueden empezar los procesos de identificación a los que me he referido por extenso en estas páginas.

Pero incluso en un grupo lingüístico determinado y en un mismo nivel de desarrollo histórico, los individuos difieren por su uso de la lengua y en la conciencia de su singularidad. Hay hombres —oradores y escritores— cuyo uso del lenguaje desborda ampliamente la comunicación individual inmediata. Como es lógico estos hombres se ven llevados a reflexionar no sólo sobre el contenido de su comunicación sino sobre la forma de comunicarlo, sobre el lenguaje mismo, y hacerse así más sensibles a las peculiaridades de cada lengua.

Y todavía hay distintas formas de escritura y de escritores. Hay una escritura directamente utilitaria como la del que redacta mensajes publicitarios. Hay una escritura científica que, aunque escrita en una lengua particular, aspira a un lenguaje universal e intercambiable. Pero hay también la escritura literaria en la que el lenguaje y la lengua particular, domina sobre el contenido significativo, donde la manera de decirlo es más importante que lo que se dice.

Para el escritor literario y en forma máxima para el poeta, la singularidad de la lengua es inmediatamente evidente, como lo es la necesidad de estar instalado en una lengua propia. Para el escritor literario, y en forma máxima para el poeta, la identidad varias veces insinuada a lo largo de estas páginas entre personalidad, lengua, pueblo y cultura se cumple plenamente. Desde su punto de vista el bilingüismo es imposible o en todo caso tan excepcional que no vale la pena tenerlo en cuenta. Sólo es posible escribir bien —en el sentido de escribir poéticamente— en una sola lengua. La dificultad que se experimenta al intentar trasladar una obra poética de una lengua a otra parece una confirmación suficiente de esta afirmación.

RESUMEN

La existencia de verdaderos bilingües plantea a la teoría de la personalidad dos tipos de problemas. En primer lugar están los que afectan a la relación entre lenguaje y pensamiento. La actividad intelectual tiene una función integradora y unificadora de la personalidad. En la medida en que identifiquemos pensamiento y lenguaje la unidad de funcionamiento de la personalidad parece incompatible con el bilingüismo. La existencia de verdaderos bilingües sólo resulta comprensible si se admite una distinción entre los procesos de pensamiento y su expresión verbal.

Un segundo tipo de problemas se refiere a la relación lengua y cultura. La personalidad individual se estructura en función de una cultura en la que

se integra. Y cada cultura se expresa en una lengua determinada. El bilingüe que posee dos lenguas y por tanto se adscribe a dos culturas parece que no puede tener una personalidad unificada sino necesariamente escindida. Pero esta conclusión sólo es válida si las dos culturas aparecen en conflicto, no si aparecen como compatibles o complementarias.

En las dos perspectivas consideradas el bilingüismo resulta perfectamente posible y compatible con la unidad de la personalidad. Y sin embargo la experiencia demuestra que los individuos bilingües tienen con frecuencia graves problemas personales. La razón es que las lenguas y las culturas se nos presentan unidas a grupos sociales, étnicos o nacionales que coexisten en situaciones de tensión o de conflicto. Para el bilingüe el uso de una u otra lengua implica una opción personal. En el artículo se describen las principales situaciones colectivas que provocan bilingüismos y las distintas actitudes que pueden adoptar los individuos implicados en ellas: aceptación de la jerarquía entre las lenguas, identificación con la lengua dominante, defensa de la lengua minoritaria y actitudes ambiguas por imposibilidad de opción así como los problemas personales que estas actitudes pueden provocar. Se insiste también en que si el bilingüismo surge en la primera infancia y arranca de la situación familiar la problemática socio-cultural de las lenguas en presencia se complica con problemas afectivos más profundos.

Finalmente, se hace notar que las implicaciones del lenguaje para el pensamiento y las correspondencias entre lengua y cultura examinadas en el artículo, se presentan de distinta manera según el nivel de uso del lenguaje. Es en el uso literario del lenguaje, donde la singularidad de cada lengua y su relación con la cultura y con la personalidad se hace máxima. Por ello, el bilingüismo del creador literario y especialmente del poeta, es el más difícil de imaginar. En cambio, cuanto más el lenguaje se limita a un uso pragmático, estas implicaciones son menores y el comportamiento verbal bilingüe es más fácil de comprender.

RÉSUMÉ

L'existence d'un véritable bilinguisme pose deux sortes de problèmes à la théorie de la personnalité. Ceux, tout d'abord, qui ont une incidence sur le rapport entre langage et pensée. L'activité intellectuelle joue un rôle d'intégration et d'unification de la personnalité. Dans la mesure où nous identifions pensée et langage, l'unité de fonctionnement de la personnalité semble incompatible avec le bilinguisme. L'existence de véritables bilingues peut seule être comprise si l'on admet une distinction entre les processus de pensée et leur expression verbale.

Un second type de problèmes a trait à la relation entre langue et culture. La personnalité individuelle se structure en fonction d'une culture dans laquelle elle s'intègre. Et chaque culture s'exprime dans une langue donnée.

L'individu bilingue qui possède deux langues, et appartient ainsi à deux cultures, semble ne pas être capable de posséder une personnalité unifiée, mais nécessairement une personnalité divisée. Cette conclusion, cependant, est valable uniquement si les deux cultures se présentent en conflit, et non si elles apparaissent compatibles ou complémentaires.

Dans les deux perspectives considérées, le bilinguisme apparaît comme parfaitement possible et compatible avec l'unité de la personnalité. Cependant, l'expérience prouve que les individus bilingues sont souvent les victimes de graves problèmes personnels. Cela est dû à ce que les langues et les cultures se présentent unies à des groupes sociaux, ethniques ou nationaux, qui coexistent dans des situations de tension ou de conflit. Pour l'individu bilingue, l'emploi d'une langue ou l'autre implique une option personnelle. L'article décrit les principales situations collectives qui provoquent le bilinguisme, et les différentes attitudes que peuvent adopter les individus impliqués —acceptation d'une hiérarchie entre les langues, identification avec la langue dominante, défense de la langue minoritaire, et attitudes ambiguës dues à l'impossibilité d'option, ainsi que les problèmes personnels que peuvent susciter ces attitudes. Dans le cas où le bilinguisme découlerait de la première enfance et partirait de la situation familiale, le problème socio-culturel des langues en présence se compliquerait avec des problèmes affectifs plus profonds.

On constate finalement que les implications du langage pour la pensée et les corrélations entre langue et culture examinées se présentent de façon différent, suivant le niveau d'emploi du langage. C'est dans l'emploi littéraire du langage que la singularité de chaque langue et sa relation avec la culture et la personnalité atteint un degré maximum. Pour cette raison le bilinguisme du créateur littéraire, et spécialement du poète, est plus difficile à imaginer. Au contraire, plus le langage se borne à un usage pragmatique, et plus ces implications sont moindres, en même temps que le comportement bilingue verbal devient plus facilement compréhensible.

SUMMARY

The existence of truly bilingual individuals confronts the theory of personality with two different types of problems. The intellectual activity has an integrating and unifying function for the personality. Inasmuch as we identify thought and language, the unity in the functioning of the personality seems incompatible with bilingualism. The existence of truly bilingual individuals is not understandable unless a distinction between the thought processes and their verbal expression is admitted.

A second type of problems concerns the relation between language and culture. The individual personality is structured in accordance with a culture into which it becomes integrated. And each culture expresses itself a given language. It does not seem possible that the bilingual person possessing two

languages and, therefore, belonging to two different cultures, be a unified personality; it necessarily ought to be a divided one. Yet this conclusion is valid only in the case of two conflictive cultures, otherwise they would be compatible or complementary.

Considering both perspectives, bilingualism presents itself as being perfectly possible and compatible with the unity of the personality. Nevertheless, experience shows that the bilingual individuals frequently suffer profound personal problems. This is due to the fact that languages and cultures correlate with social, ethnic and national groups which coexist in tense and conflictive situations. For bilingual individuals, the use of one language or another implies a personal choice. The present paper contains a description of the main collective situations generating bilingualism, and the different attitudes possibly adopted by the individuals involved —acceptation of a hierarchy among the languages, identification with the dominant language, defense of the minority one, and ambiguous attitudes owing to the lack of any option, as well as the personal problems which can be caused by these attitudes. If bilingualism arises in early childhood and is rooted in the family situation, the sociocultural problems of the languages in question get entangled with deeper, affective problems.

Finally, as the article points out, the implications of language in connection with thought, and the correlations between language and culture present themselves differently depending on the level on which the language is employed. The singularity of each language and its relation with culture and personality appears at its maximum in the literary employment of the language. For this reason the bilingualism of the literary creator, and especially of the poet, is the most difficult to imagine. On the contrary, in as far as the language is limited to a pragmatic use, these implications become reduced, and the verbal bilingual behaviour is more easily understandable.

BIBLIOGRAFIA

Sociologia del bilingüisme

- LEPAGE: 1964, *The national language question. Linguistics problems of newly independents States*. Londres, Oxford University Press.
- SOMMERFELD: 1965, *Structures linguistiques et structures des groupes sociaux*, Diogenes 51.
- FISHMAN: 1966, *Language loyalty in the United States*, La Haya, Mouton.
- FISHMAN: 1967, *Bilingualism with and without diglossia*. Journal of Social Issues. (2)
- LAMBERT: 1967, *Asocial psychology of bilingualism*, Journal of Social Issues. (2)
- RAYFIELS: 1970, *The languages of a bilingual community*, La Haya, Mouton.
- MARCELLES: 1973, *Introduction a la Sociolinguistique*, Paris, Larrouse.
- NINYOLES: 1972, *Idioma y poder social*, Madrid, Tecnos.
- SIGUAN, M.: 1976, *Per una sociologia del bilingüisme*, en «Bilingüisme i Educació», Barcelona, Teide.
- VIVES: 1976, *Aportació sociològica al problema del contacte de llengües en els Països Catalans*, en «Bilingüisme i Educació», Barcelona, Teide.

Bilingüismo en la infancia

- ROUJAT: 1913, *Le développement du langage observé chez un enfant bilingue*, Paris.
- STERN: 1923, *Über zweisprachigkeit in der früher Kindheit*. Zeitschrift für angewandte Psychologie (30).
- SMITH: 1935, *A study of the speech of eight bilingual children of the same family*, Child Development (6).
- TITS: 1948, *Le mécanisme de l'acquisition d'une langue se substituant à la langue maternelle chez un enfant espagnol de six ans*, Bruxelles.
- RUKES-DRAVINA: 1967, *Mehrsprachigkeit im Vorschulalter*, Instituto de Fonética de Lund. Gleerup.

Personalidad del bilingüe

- BOSSARD: 1945, *The bilingual individual as a person. Linguistic identification with status*. American Sociological Review (10).
- SPOERL: 1946, *Bilinguality and emotional adjustment*, Journal of Abnormal and Social Psychology (38).
- HANGEN: 1961, *The bilingual individual*, en Saporta (Ed.) Psycholinguistic. A Book of Reading, New York, Holt.
- CHARLTON: 1964, *Aphasia in Bilingual and Polyglot Patients, A neurologic and psychological study*. Journal of speech and hearing Disorders (29).
- ERWIN, S.: 1964, *Language and TAT contents in bilinguals*. Journal of Abnormal and Social Psychology (68).
- FISHMAN: 1966, *Language maintenance and language shift: the american immigrant case within a general theoretical perspective*. Sociologus (16).